
ACTO PRIMERO

La escena representa una sala-despacho en casa de don Antonio: mesa, estantes con libros, coronas, bustos de poetas (Calderón, Lope, Shakespeare, etc.); un piano, retratos en fotografías, etc. A la izquierda un sofá: junto al sofá, una mesita. En suma, el despacho de un autor dramático de fama, y por consiguiente, pobre: artístico pero modesto y algo destartado. Puerta en el fondo: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO y DON TELESFORO

Don Antonio sale á recibir á don Telesforo, que entra en el momento de empezar el acto.

ANTONIO. ¡Gracias á Dios que viniste, amigo Telesforo!

TELESF. ¡Gracias á Dios que pude venir, amigo Antonio!

ANTONIO. Como alma en pena que suspira por su total redención, apurando angustias y dolores en el Purgatorio, así estuve anoche hasta que dió *la una*; y solo como *la una* me quedé, porque todos los míos se fueron á dormir. Paseando por este despacho me estuve dos horas más, y repitiendo como un desesperado: ¿qué habrá ocurrido, señor? ¿qué habrá ocurrido? ¿Qué le

ha pasado á Telesforo? ¡Telesforo no viene!... ¿por qué no viene? ¡bonita noche!

TELESF. Pues ocurrió, que cuando acabamos de leer tu drama...

ANTONIO. Más bajo, hombre... más bajo... (Mirando á todas partes; después cierra la puerta.)

TELESF. Nadie nos oye. Digo, que cuando acabó la lectura de tu drama, eran las siete y media, y me fuí al domicilio conyugal, donde me esperaban mi comida y mi mujer; que no me gusta hacer esperar, ni á mi mujer que se enfada, ni á mi comida que se pasa. ¡Ahí tienes!

ANTONIO. Y cuando la comida dió fin, amigo egoísta, que tan seco eres de alma como jugoso de estómago, ¿no pudiste venir? ¿no pudiste traer como todas las noches á tu cara mitad?

TELESF. Cuando no vine, ya puedes suponer que no pude. Le dió á mi pobre Melchora una jaqueca de padre y muy señor mío... ¡Éter por aquí, antipirina por allá, café muy cargadito, té muy caliente, el médico que viene, la jaqueca que no se va!... ¡Una noche de todos los diablos! Con las trifulcas de tu drama, que todavía me trotaban por el cerebro, y los nervios de mi mujer que comunicaban sus espasmódicas sacudidas á los míos... ¡pensé volverme loco!

ANTONIO. Vaya, hombre, muy de veras lo siento. ¿Pero está ya buena?

TELESF. Á las cinco de la mañana se quedó más tranquila y pude conciliar el sueño. ¡Pero qué sueño! mejor dicho, ¡qué pesadilla! Soñé que aquel tremendo *astrólogo* de tu drama se enredaba á cachetes con mi Melchora: y él la tiraba de las greñas y ella le arrancaba las barbas, hasta que venía *el Conde*... aquel conde shakspiriano del segundo acto... y ¡rás! le cortaba la cabeza á mi mujer... y ¡pataplúm! me obligaba á casar con el *astrólogo*. ¡Horroroso, querido Antonio, horroroso!

ANTONIO. De modo que el drama, ¡te hizo impresión! (Gozoso.)

TELESF. ¡Se la hiciera á una estatua de la plaza de Oriente! ¿Cómo no había de hacer impresión en mí, que no soy

de piedra, sino de carne mortal y un tanto averiada?

ANTONIO. Sí: el drama es fuertecito. (Restregándose las manos.)

TELESF. ¿Si es fuerte? ¡á quién se lo cuentas! algo así como un terremoto que se pasea por un cementerio á la cárdena luz de la luna y al borde de un volcán. (Con exageración trágica.)

ANTONIO. ¡Está bien, está bien! ¡terremoto, cementerio, luna y volcán! (Riendo.) Pero vamos, cuenta por Dios, que me tienes más nervioso que pudo estarlo anoche tu Melchora.

TELESF. ¡Entonces me voy! (Levantándose con espanto.) Decididamente me voy: ¡no quiero más nervios!

ANTONIO. Eso sería si yo te dejase. (Deteniéndole.) Has de darme cuenta puntualísima de todo, de todo. Ea, empieza.

TELESF. Pues la cita para la lectura era á las dos, y á las dos en punto estaba yo en el teatro con mi drama... es decir, con el tuyo, bajo el brazo.

ANTONIO. ¿Mucha gente?

TELESF. Mucha: la lectura fué una solemnidad: literatos, poetas, críticos, actores... casi un público de estreno.

ANTONIO. ¡Por supuesto el más riguroso incógnito! ¡Á nadie le habrás dicho una palabra!...

TELESF. Á nadie. ¡Ni á mi mujer!

ANTONIO. ¡Ni yo á la mfa: ni á mis hijos! Todo sér que tenga oídos y lengua, es un peligro! Ya ves tú, hace seis años que no escribo para el teatro, y una caída desde la altura de seis años sería mortal.

TELESF. Convenido, convenido. Muy sensato y muy prudente eres en esta ocasión, si no lo fuiste en otras.

ANTONIO. Bueno: sigue: entraste... ¿y qué?

TELESF. Que todos quisieron sonsacarme: preguntitas por aquí, preguntitas por allá, indirectas de un lado, indirectas del otro...

ANTONIO. ¿Y tú?

TELESF. De piedra: impenetrable.

ANTONIO. ¡Bravísimo! ¿Y no sospecharon nada?

TELESF. Antes de la lectura nada. Como yo soy amigo de la

fanjanje infinita de actores, dramaturgos y poetas; y me tuteo con los viejos y protejo á los jóvenes; y fui crítico de cierta nombradía allá en los tiempos de antaño... ¡vaya usted á adivinar quién fué el autor que en mí tuvo confianza y me tomó por medianero!

ANTONIO. Perfectamente; pero después de oír el drama, ¿sospechó alguien la verdad?

TELESF. Sospecharon; pero no la verdad. Hubo quien dijo al final del acto segundo: eso debe ser de don Pablo.

ANTONIO. (Riendo.) Ya lo creo, como que yo, para despistar á los curiosos, procuré de cuando en cuando, no muchas veces, imitar la manera de Pablillo. (Riendo.) ¡Pero no es de don Pablo, que es de don Antonio! (Golpeándose el pecho.)

TELESF. Pues al fin la mayoría resolvió, que la obra era de don Pablo.

ANTONIO. Bueno: ya les llegará el día del desengaño. ¿Y qué más?

TELESF. ¿Qué más quieres?

ANTONIO. Que me digas con franqueza la impresión que produjo el drama.

TELESF. Hombre, la impresión que puede producir al pronto un drama de esas condiciones. ¡La estupefacción!

ANTONIO. ¿La admiración has dicho? (Gozoso.)

TELESF. No: la *estupefacción*.

ANTONIO. ¡Ya! (Desconcertado.)

TELESF. Y en muchas escenas, también admiración: hay cosas hermosísimas.

ANTONIO. ¡Como que he puesto en esa obra mi alma entera! (Con entusiasmo.) ¿Y qué decían? ¿qué decían? ¡Vamos, hombre, habla!

TELESF. En un grupo de críticos, allí estaba don Luis, decían: admirable: es un pensamiento de una profundidad que espanta!

ANTONIO. Don Luis es á veces duro, y siempre es bilioso; pero talento... ¡vaya si tiene talento! es el primero de nuestros críticos.

TELESF. No, si no fué don Luis el que dijo lo de la *profundidad*: eso lo dijo otro. Lo que dijo don Luis con tono displicente, fué... «sí, hay un pensamiento... pero ese drama *no es teatral*!»

ANTONIO. (Con acento colérico.) Lo he dicho siempre: don Luis tiene talento, aunque no tanto como él supone; pero no hay un sér más pedante, ni un bicho más envidioso. ¿Con que mi obra *no es teatral*? En efecto, no es tan *teatral* como la silba que le propinaron cuando se metió á escribir su correspondiente dramita. ¡Aquello sí que fué teatral! ¡Los bustos de Calderón y Lope se tambalearon de risa y se desconcharon de horror! ¡Con que mi drama no es teatral!... (Se pasea agitado.) ¡Baraja de mentecatos!

TELESF. Es una opinión de don Luis.

ANTONIO. ¿Y los demás, qué opinaban?

TELESF. Otros opinaban que el drama era *una atrocidad*.

ANTONIO. Hombre... atrocidad... En el lenguaje corriente puede decirse *atrocidad*, por lo grandioso; ó puede decirse, por lo disparatado.

TELESF. Pues vaya usted á saber por qué lo dirían ellos.

ANTONIO. En sumá: ¿ha gustado, ó no?

TELESF. Ya lo creo que ha gustado; pero como gustan las obras muy atrevidas. Abren el horizonte á grandes esperanzas; pero una vez abierto el horizonte, por ciertos rumbos pueden venir furiosas tempestades.

ANTONIO. Es, querido Telesforo, que para mí ese drama no es como otro cualquiera de los muchos que llevo escritos. No se trata ya de esperanzas vanidosas, aunque de vanidades humanas no estamos libres ninguno de los que nos rozamos con el arte. Es que mi situación es muy grave.

TELESF. Me lo figuro.

ANTONIO. Me refiero á mi situación económica. Hace seis años que no escribo: he tenido gastos extraordinarios: el repertorio va envejeciendo: como los poetas estamos tan mal con la prosa de la vida, la prosa se venga

traidora y prosáicamente de nosotros. Mi presupuesto, como todos los presupuestos, desde el primero que debió formar nuestro padre Adán al salir del Paraíso, está en déficit. ¡Debo más de tres mil duros! ¿tú creías que en el mundo pudiera existir esa cantidad? ¡pues existe y los debo! Y tengo que redimir á Pepe del servicio de las armas. Y tengo que llevarme á Luisa de Madrid por algún tiempo. ¡En fin, el mundo que se me viene encima en forma de *pagaré!*

TELESF. ¿Pero Luisa está mala?

ANTONIO. ¡Qué ha de estar mala! Lo que está es enamorada: enamoradísima: como la más romántica heroína de mis dramas.

TELESF. Ya: ¿de Enrique de Castro?

ANTONIO. Cabalmente: y quiero á todo trance cortar esas relaciones y la saco de Madrid, como haría cualquiera de los padres tiránicos de mi repertorio. Nada, ¡yo el padre tiránico, y ellos las víctimas poéticas!

TELESF. Pues Enrique tiene talento.

ANTONIO. Talento por horas. (Con desdén.)

TELESF. De horas se componen los siglos.

ANTONIO. Bueno, pues cuando ese muñeco escriba algo que dure un siglo, le daré á mi Luisita: hasta entonces que espere.

TELESF. Pues gana más que tú con todas tus sublimidades.

ANTONIO. Para ganar más que yo no se necesita afanarse mucho. Aquí la poesía no sirve más que para morir de hambre entre dos redondillas ó para darse al diablo entre dos endecasílabos, si es que su majestad infernal gusta del verso noble.

TELESF. Luego, algún mérito tiene que ese chico se gane la vida escribiendo...

ANTONIO. ¡Escribiendo immoralidades sin gracia, sandeces insulsas, groserías repugnantes!...

TELESF. No tanto, no tanto; que gracia, la tiene. Y respecto á la moral, tus dramas no son sermones apostólicos. Y en cuanto á sandeces y á sandios, no conozco ningún sabio que no lo sea por lo menos siete veces al día.

ANTONIO. ¡Ea! ¡el protector nato de la juventud!

TELESF. Tú fuiste joven.

ANTONIO. Hace tanto tiempo, que ya no me acuerdo: y si me acuerdo de algo, es de que fui un solemne mentecato. Y Enrique lo es, ¡con que mientras le dure la enfermedad, á la calle! Un día de estos le despido solemnemente; y en cuanto tenga dinero, me llevo á Luisa. Y nada, nada, ya sabes mi sistema: ¡esta comedia no acaba en boda! (Exaltándose por grados.)

TELESF. ¿Y si los pobres chicos se mueren de desesperación?

ANTONIO. ¡Cá! De desesperación amorosa no se mueren más que los personajes de mis dramas: y se mueren porque los mato yo. ¡Si sabré lo que me cuesta matarlos!

TELESF. Pues ahí viene tu víctima... y la mamá de la víctima.

ANTONIO. ¡Cuidado! ¡de mi obra ni una palabra!

TELESF. Cuenta con que el secreto cayó en una tumba.

ESCENA II

DON ANTONIO, TELESFORO, LUISA y GERTRUDIS

LUISA. ¿Acabaron ustedes su conferencia? ¿podemos entrar?

ANTONIO. Sí, hija: si no hay tal conferencia: charlábamos de cualquier cosa.

LUISA. (Desde la puerta.) Ven, mamá. Dicen que está franca la entrada. (Entran Luisa y Gertrudis.)

TELESF. ¿Cómo pudiera no estarlo para las señoras simpáticas y para las niñas bonitas?

GERT. Muy buenos días, don Telesforo.

TELESF. Siempre á sus órdenes, amiga queridísima.

GERT. ¿Y Melchora?

TELESF. Anoche tuvo la tradicional jaqueca; pero ya pasó. Has-ta otra.

GERT. Pues yo también estuve así, así. Y también Luisita. Y ese, no puede usted figurarse como estuvo. ¡No lo niegues!

ANTONIO. No, hija; si no niego nada.

- GERT. Cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, daba un salto, que nos hacía saltar á las dos. De modo que saltábamos los tres.
- LUISA. Y cuando vino Enrique se contagi6, y á una saltábamos los cuatro. (Riendo.) Vamos, que era cosa de morir-se de risa.
- ANTONIO. ¡Si esta vida moderna es intolerable! Las ideas en perpetua ebullición, que no parece sino que llevamos todos un cocedero en la cabeza. ¡La política en palpita-ción constante! ¡que los unos, que los otros! ¡que la crisis, que el conflicto! ¡que tú pierdes al país, que tú lo perdiste más, que el país no parece! La prensa po-niendo el grito en el cielo por la mañana y por la no-che, y precipitando sobre la cabeza de los lectores una y otra avalancha, como ahora se dice, de malas noti-cias; es como si le estuviesen á uno gritando: «¡que se te quema la casa! ¡que se te muere tu padre! ¡que quebró tu banquero! ¡que te aplasta el tranvía! ¡que viene la peste, que viene el diluvio!» Y á todo esto, la electricidad circulando bajo los pies por cien cañerías y otros tantos cables, y sobre las cabezas en inmensas telas metálicas de araña, que se siente uno envuelto en estremecedores efluvios. Y la locomotora corre que te corre, y silba que te silba y choeca que te choeca. Y el telégrafo... tá, tá, tá... tá, tá, tá... en continuo estre-mecimiento tetánico: «¡atentado contra el emperador; crimen horrible; los microbios en Egipto; se han sus-pendido todos los pagos de todos los bancos del Uni-verso; un sabio alemán anuncia el fin del mundo... ¡el fin del mundo!... y á todo esto... ¡sin dinero!... ¡El fin del mundo que nos coge sin dinero!
- GERT. Ahí duele y nos duele á todos.
- LUISA. No te alijas, mamá; que en cuanto Pepito dé su drama...
- TELESF. ¿Qué drama? ¡Otro drama! (Asustado.)
- ANTONIO. Sí; el de mi hijo; el de Pepe: si cada ciudadano espa-ñol tiene un drama en el bolsillo. Y claro, ¡el chico se lanza! Hoy es la lectura.

- GERT. ¿Pero no se lo habías dicho á don Telesforo?
- ANTONIO. No... si no sé dónde tengo la cabeza estos días.
- TELESF. ¡Con que otro drama en la familia!
- LUISA. ¡Y muy bonito! ¡Si viera usted! ¡Precioso! ¡Qué ver-sos! ¡Aquella escena de Alvaro y Adeláida en el jardín á la luz de la luna! Créame usted, hace llorar; sí, se-ñor, hace llorar. Y aquella comparación del *peine*, ¿te acuerdas, mamá?
- TELESF. ¿Del peine, y á la luz de la luna?
- LUISA. Sí, señor. Yo no sé explicarlo bien; pero es una cosa así... figúrese usted que Adeláida se ha despeinado ya para irse á la cama, y es muy rubia...
- TELESF. ¡La cama es rubia!
- LUISA. No, Adeláida; ¡y le cae el cabello todo alrededor como una cascada de oro! Y Alvaro contempla aquella casca-da y se vuelve loco de amor: ¿verdad que hay motivo?
- TELESF. Ya lo creo; por mucho menos se vuelve loco cualquier cristiano.
- LUISA. Y entonces sale la luna y se deshace en rayos que caen... caen precisamente sobre la cabellera rubia de Adeláida. Y aquí viene lo bonito: vamos, ¡como si lo estuviera viendo! La luna manda muchos rayos sobre aquella cabecita tan mona; y fijese usted, los rayos de la luna son plateados, ni más ni menos que las puas de plata de un peine de plata y muy grande; y van, ¿y qué hacen? se clavan en las doradas ondas de la es-pléndida madeja: un rayo de plata y un mechón de oro y así cruzándose: ¡y Pepe dice todo esto con unos ver-sos que suenan á gloria!
- TELESF. Oye, ¿tú has dado el exequatur al peine de plata y á la cabellera de oro?
- ANTONIO. No, si yo no conozco del drama más que algunos trozos.
- GERT. Ya ve usted, le da vergüenza á Pepe que su padre le oiga leer su obra: ¡como es la primera! y nos la lee á Luisa y á mí...
- LUISA. Y vendrán á la lectura dos amigos de papá.
- TELESF. ¿Quiénes son los de la consulta?

- ANTONIO. Don Atilano Peláez y don Judas Borroso.
- GERT. Y usted, que también nos hará el favor de quedarse.
- TELESF. Ya lo creo: si yo nael exprofeso para oír los dramas de toda la familia. Y tú, Luisita, ¿pro haces versos?
- LUISA. ¡Ay, no, señor! Me gustan mucho; pero es muy difícil escribir buenos versos.
- TELESF. No es preciso que sean buenos. Exigir que además de ser versos, sean buenos, son demasiadas exigencias. ¿Pero tú ya habrás probado?
- LUISA. Hace mucho tiempo; pero es una cosa muy difícil, muy difícil: ¡que todo ha de acabar en *ente*, ó en *ia*, ó en *oso*, es un trabajo muy penoso! Ahí tiene usted... *oso*, *penoso*... cuando no hacen falta, siempre salen los malditos consonantes. Pero cuando se necesitan... nada: ¡mámarrachos! ¿Sale un *padre*? pues á la fuerza ha de salir una *madre*, ó un perro que *ladre*, ó un señor á quien nada de aquello lo *cuadre*. Figúrese usted que yo soy el galán y que tengo que decirle á la dama «¡mi corazón te desea!» Ya sé que es un disparate, no se ría usted, es un ejemplo. Pues si digo «desea», tengo que decir que es *fea*, no puedo decir que es bonita. Y si es fea, ¿cómo la desea el corazón? ¡Ve usted, don Telesforo, qué cosa tan complicada! Bueno, me arrebató y digo que es *bonita*, pues tengo que concluir exclamando «¡quita, quita!», y si es tan bonita, ¿cómo la dice el galán que se quite? En fin, don Telesforo, que es una confusión y una desesperación esto de la versificación!
- TELESF. Esta chica concluirá por escribir versos.
- LUISA. No, señor... No, señor... ¡Qué vergüenza!...
- GERT. Vamos, niña, hablas demasiado. (Aparte.)
- LUISA. El preguntará demasiado en todo caso, yo no hago más que responder. (Aparte.)
- TELESF. Y á propósito de consonantes y asonantes: tienes en el drama una redondilla con cuatro asonantes. (Aparte.)
- ANTONIO. Hombre, ¿qué dices?... ¡Válgame Dios, qué distracción!... ¡Pues si coje un crítico la redondilla, ya me cayó el premio gordo!... Si no entienden de otra cosa:

- ¡menudencias y nada más que menudencias! ¡Balleneros que pescan sardinas con harpón!... ¿Recuerdas cuál es?... ¡Jesús, hombre, Jesús!
- TELESF. Sí; luego te lo diré.
- ANTONIO. No; ahora mismo: ven á mi cuarto. No faltaba más, ¡cuatro asonantes! ¡Si hay para mandar á un hombre á presidio!
- TELESF. ¿Qué prisa corre?
- ANTONIO. Ya lo creo que corre prisa... Vamos... vamos... (Alto.) Voy á tratar con éste allá dentro de un asunto literario... Una nueva edición de mis obras... ¿Verdad?... ¡Otra edición!...
- GERT. ¿Y eso dará dinero? Porque ya sabes que necesitamos los seis mil reales del chico.
- ANTONIO. ¡Ya lo creo que ha de darme dinero! Los seis mil reales para redimir á Pepe... Es verdad... (Pero por el pronto, lo que más urge es redimir á la redondilla de sus cuatro asonantes.) ¿Vamos, Telesforo?
- TELESF. Vamos allá. Hasta luego.
- GERT. Hasta luego, don Telesforo.

ESCENA III

GERTRUDIS y LUISA

- GERT. ¿Qué vida, hija mía! No te cases con ningún literato ni con ningún poeta.
- LUISA. Si papá dice que Enrique casi no lo es. ¡Pero talento!... ¡Vaya si tiene talento!
- GERT. No tendrá más talento que tu padre, y ya ves qué apuros hemos pasado y estamos pasando. Cualquier cosa, hija; cualquier cosa, menos versitos.
- LUISA. Pues son muy bonitos. (Como niña que se enfada.)
- GERT. ¡Y muy desustanciados y muy inútiles! Nada, que no quiero más poetas en la casa; me basta y me sobra con mi esposo... Y por añadidura con Pepe.
- LUISA. Pero á mí no me bastan ni me sobran. (Lo mismo que antes.)

- GERT. Pues si quieres marido, busca un médico, un abogado, un arquitecto, un comerciante; lo que tú quieras, menos poetas, literatos y autores de comedias y dramas: con esos no transijo.
- LUISA. Pues á mí me gustan los poetas. Describen unos palacios, unos castillos...
- GERT. Si todos los castillos, catedrales y palacios que ha hecho construir tu padre con telones y bastidores de madera para sus dramas románticos, los hubiera dirigido de veras y entre piedra y cal, no digo como arquitecto, como maestro de obras, teníamos ya por nuestra una barriada.
- LUISA. Pero, vamos, mamá, ¿no te encantan esos argumentos en que la dama joven se muere de dolor, y el galán se muere de amor, y el papá se muere de furor, y todos son obstáculos, y dificultades y conflictos?
- GERT. Mira, inocentona; si todos los enredos, disgustos, quebras, divorcios, asesinatos y catástrofes que ha enmarañado mi poético esposo en sus obras, hubiesen sido crímenes y pleitos de veras, y él hubiese intervenido en ellos como abogado, procurador ó escribano, alfombras habrfa en mi casa, y portiers de seda y brocado, y con abrigos de nutria ó de zorro azul iríamos tú y yo.
- LUISA. No seas prosaica, mamá: que yo sé que cuando eras joven cantabas la Atala y el Chactas... «¡Triste Chactas, cuán rápida ha sido...!» (Cantando.)
- GERT. ¡Si vieras tú esos Chactas y esas Atalas qué vida me han hecho pasar de apuros y miserias! Veinte años he seguido cantando por lo bajo: «¡Cuán rápida ha sido la feliz ilusión de mi mente!»
- LUISA. Pero no te palpita el corazón cuando ves en la escena dos galanes, nobles y arrogantes, valerosos y enamorados que se encrespan y enfurecen... «¡Renuncia á su amor!...» «¡No renuncio!...» «¡Pues la vida!...» «¡La vida!...» y van decididos á matarse, ó se matan allí mismo por la mujer á quien aman? ¿Cómo se le debe querer á un hombre cuando se mata ó se muere por una mujer!

- GERT. Por mí, que se maten donde quieran, ó que se tiren del viaducto de la calle de Segovia con la cabeza hacia abajo. Si á todos los personajes que mató tu ilustre papá en sus fábulas tremendas, los hubiera matado como militar valeroso, ó como buen médico con todas las reglas del arte, á estas fechas era capitán general ó era el doctor más célebre, y, por lo tanto, más rico de Europa. ¡Nada, nada de tonterías sublimes! Un buen ultramarino con tienda acreditada, vale más que Calderón. Porque, en caso de apuro, se baja á la tienda y se come sus jamones, sus quesos y sus aceitunas; pero un drama ó una comedia, ¿para qué sirven en estos tiempos que corren? Ni comérselos pueden el autor y la familia. La gente está por lo positivo: dinero ó comestibles, gabanés ó zapatos, algo que se pegue á la carne.
- LUISA. ¡La poesía se pega al alma!
- GERT. Las almas son hoy poco pegajosas... menos la tuya, que no se despega de ese endiablado Enrique.
- LUISA. ¡Le quiero mucho!
- GERT. ¡Le quiero mucho! ¡Le quiero mucho! ¡Vaya una razón! ¡Déjame de chiquilicuatos! Tu padre y yo estamos hartos de ese títere. Un día de estos tu papá le da la absoluta. Que acabe su carrera, que ponga bufete, que busque un destino, que se agarre al torno de un tranvía ó que compre una plaza de aguador, que así al menos tendremos agua de balde.
- LUISA. ¡Mamá!...
- GERT. ¡Ea... lo dicho!... ¡Basta! (Sale muy incomodada.)

ESCENA IV

LUISA

De mal humor tenemos á mamá, y es que la pobre piensa sin descanso en los seis mil reales que necesita para redimir á Pepito. Pero yo no tengo la culpa de

sus apuros, ni Enrique tampoco. El pobre Enrique, ¿puede hacer más que tener talento, y trabajar mucho y quererme muchísimo? Señor, ¿qué más se le puede pedir á un hombre sino que me quiera con toda su alma? Digo un hombre, y no digo bien: ¡si casi es un chico! veintidós años. Pues si á los veintidós años tiene tanto ingenio, ¿qué será á los cuarenta? ¡un geniazo como una catedral! Y si á los veintidós años es tan activo y tan vividor, ¿qué será á los cincuenta? Nada, que le sacaré dinero, no ya á los versos, á los adoquines de la calle. Y si á los veintidós años me quiere tanto, ¿cómo me querrá á los sesenta? ¡Claro, á los sesenta se muere por mí! ¡y eso es lo que yo quiero, que se muera por mí! No... que se muera del todo, no: que esté á punto de morirse de puro cariño y que yo se lo impida. ¡Quererse muchísimo! ¡si esto es tan hermoso! ¡Bien dice papá en sus dramas: muy hermoso! Se sienten ansias... qué sé yo... de hacer algo muy bueno y muy sublime... para que Dios se ponga muy contento... Y brotan deseos de escribir versos muy bonitos... con palabras muy dulces y muy pulidas; aunque no se entienda lo que digan, no importa: lo que importa es que suenen bien, tiernamente... melodiosamente... como las notas del piano, que tampoco dicen nada y dicen mucho. (Empleza á hacer escalas en el piano.) Quisiera ser pájaro para hacer trinos y poeta para escribir endechas; ¡y qué cosas diría! ¡Sol... luz... nube... suspiro... suspiro... beso... azul!... (Si se quiere, puede cantar algo muy breve y muy tierno.)

ESCENA V

LUISA; PEPE y ENRIQUE, vienen de fuera.

ENRIQUE. ¡Calla!... ¡mira!... ¡oye!... ¡silencio!... (Deteniendo á Pepe y parándose á oír.) ¡Hombre, parece imposible que un hermano tan antipático y tan agrio como tú, tenga una hermana tan bonita, tan dulce y tan poética!

LUISA. No... no es esto... Siento más diciendo palabras sueltas... sin sentido... como pájaros que se escapan de la jaula y se van por el balcón... ¡Aire... sol... fuente... brisa... beso... azul!... (Haciendo escalas y dando entonación musical á las palabras.)

PEPE. ¡Diablo!... ¿qué dice esa chica?... ¡un beso azul!

ENRIQUE. ¡Del color que tú quieras, Luisa! (Acercándose á ella.)

LUISA. ¡Ah!... ¡Enrique!... ¡Traicionero!...

PEPE. ¡Adiós, hermana! ¿Con que todos nos sublimamos?

LUISA. ¡Hola, Pepe!

PEPE. ¡Sigue, sigue paseándote por el espacio azul! Yo me voy á mi cuarto, es decir, á las negruras del desengaño, á buscar mi drama, que pronto vendrán esos señores.

LUISA. Que lo leas bien.

PEPE. Lo leeré como pueda: hoy no me siento de buen temple.

LUISA. Hay que dominarse.

PEPE. ¡Diez dominaciones hago en el gimnasio! ¡Pero esta lectura!... La octava: por lo menos la octava. Se lo leí á ese (Señalando á Enrique) y á otros tres amigos, y les gustó mucho. Dijeron que era una revolución en el teatro: lo que se llama una revolución: ¡un noventa y tres literario! Después, á vosotras: á mamá y á tí. Y llorásteis como dos Magdalenas. ¡Señor, cuando un drama hace llorar, algo tendrá! Bien vamos, pensé yo. Me dió vergüenza leérselo á papá; pero conseguí que un amigo se lo leyera á don Pablo, sin decirle que yo era el autor. ¡A don Pablo, el célebre dramaturgo, el rival de mi padre! Pero don Pablo ni ve, ni oye, ni entiende. Para él sólo lo suyo es bueno, y después de mucho trasteo, vino á decir que el drama era imposible. (Con ira reconcentrada.) ¡Ya veremos si es imposible!

LUISA. ¿Pero por qué no pruebas en algún teatro, á ver si te lo admiten?

PEPE. He probado en cuatro teatros: en unos, buenas palabras; en otros, malas palabras; con mucha finura ó

con mucha grosería, todos me lo han devuelto. ¡Devolverme mi drama!... ¡á mí! Pero esta es la última prueba... ¡y como salga mal!... ¡como salga mal!... me la pagarán todos!... Que quiera ó no quiera mi padre, me meto á crítico. ¡Ah, cuando yo sea crítico! Cuando pueda decir en letras de molde, ¡qué caída!... ¡todo falso!... ¡efectismo!... ¡pobre arte dramático!... ¡qué decadencia!... ¡á dónde vamos!... ¡Calderón, Lope, Ayala, tapáos bien con el sudario para no ver ni oír estas miserias!... ¡Pataplúm, al abismo todo el Parnaso moderno!... Y al pie del artículo, mi firma: el *vengador*, ó el *justiciero*, ó el *implacable*. ¿Entendéis?... la última prueba... ¡Efectismo!... ¡todo falso!... ¡el implacable!...
(Sale furioso.)

ESCENA VI

LUISA y ENRIQUE

- LUISA. Pobre Pepe, está loco con su drama. Pero á tí qué te parece, ¿puede representarse?
- ENRIQUE. (Con aire de suficiencia.) Pepe tiene mucho talento, y en la obra hay rasgos bellísimos: alguna inexperiencia, pero esto es inevitable. No ha querido imitar mi ejemplo. Desdeña las obras en un acto, esos ensayos en escala modesta, pero siempre útiles, á que yo vengo dedicándome hace años; y es claro, en un día no puede adquirirse la práctica teatral que yo poseo.
- LUISA. Pero en pocas palabras, ¿el drama de Pepe, es bueno ó malo? ¿Puede ó no puede representarse? ¿Cuál es tu opinión?
- ENRIQUE. Te diré. Yo creo, que si se lo admiten y se lo representan con esmero... variando algunas escenas del primer acto; cambiando por completo el final del segundo; dando otro giro al tercero; suprimiendo un par de personajes; aligerando toda la obra; limando el estilo; justificando casi todas las entradas y salidas, que á decir verdad no están justificadas; destacando

- más el carácter del protagonista, y poniendo algunos golpes de efecto, la obra podrá obtener un éxito bastante lisonjero para un principiante.
- LUISA. ¡Toma, toma... pues no has dicho nada! Entonces la obra es un disparate. Pues á mí me parece muy bonita. ¿Con que no te gusta?
- ENRIQUE. ¡No tal, no tal! La obra demuestra que su autor tiene grandes condiciones.
- LUISA. Pues Pepe tendrá grandes condiciones; pero tu condición en cambio es pésima. Condición de ingrato, que es la peor. ¿Por qué no me escribiste esta mañana?
- ENRIQUE. No pude, Luisita; no pude. A *las ocho* tuvimos ensayo extraordinario de mi nueva *Revista*. ¡Qué obra, hija mía; qué obra! ¡Qué éxito se prepara! ¡Ochocientas representaciones! ¡Tres mil duros! Que con los seis mil que tengo ahorrados, son nueve mil... ¡y nos casamos!
- LUISA. ¿De veras?... ¡Burlón!... ¿A que no?
- ENRIQUE. Nos casamos; ¡resolución irrevocable: éxito seguro: triunfo inmenso: Vicaría en perspectiva: final enloquecedor!
- LUISA. ¿Y si te silban? ¡Fiasco lastimoso, boda aplazada, separación inevitable y casa paterna á perpetuidad: vaya un final!
- ENRIQUE. ¿Silbarme á mí? ¿Cuándo has visto tú eso? ¡Si cuento más batallas teatrales que tu padre, y más victorias que el Cid! ¡Si esta obra es lo más grande que se ha visto en el teatro... en el teatro por horas! El género iba pasando: el gusto decaía, es verdad; pero yo le daré nuevo aliento: yo le levantaré de su postración. Figúrate una hoguera que se apaga y en que se arroja un quintal de pólvora... pues eso... ¡una explosión! ¡O dos explosiones! ¡O tres explosiones!
- LUISA. ¡Vamos, un polvorín que vuelva!
- ENRIQUE. Justamente: mi cerebro que estalla.
- LUISA. ¿Y la Revista ó lo que sea, tiene título?
- ENRIQUE. Ya lo creo: atiende: «El encierro y la corrida.»
- LUISA. ¿El encierro y la corrida?

- ENRIQUE. No: no digas corrida: *corría*. Es un estudio satírico-político-taurómico-simbólico. Aquí para entre los dos: un derroche de ingenio.
- LUISA. A ver... á ver. (Con interés.)
- ENRIQUE. Figúrate tú que los ocho ministros responsables están representados por las ocho reses que han de lidiarse.
- LUISA. ¡Ave-María purísima; qué atrocidad!
- ENRIQUE. Chica, puro *simbolismo por horas*. Las ocho reses, los ocho ministros; porque así como hay toro de gracia, hay presidente sin cartera, y aquí empieza el símbolo. Con que ahora, figúrate tú lo que yo podré hacer con las ocho reses; es decir, con los ocho personajes. Podré pedirlo todo para ellos, desde banderillas de fuego hasta que les arrastren las mulas. Cuando tuve esta idea, se abrió ante mí un horizonte inmenso. Ví una cantera inagotable de gracias, equívocos, insultos, escarnios, puyazos y estocadas.
- LUISA. Pero Enriquito, perdóname; todo eso me parece muy grosero.
- ENRIQUE. No lo creas: si lo fuese no iría á verlo, como ha ido durante años y años, el público más fino y selecto; ni aplaudiría como ha aplaudido; ni se reiría como se rió á mandíbula batiente; ni habría ganado yo los seis mil duros de marras. Hija, todos los géneros son buenos, todos son lícitos, ¡libertad para el genio!
- LUISA. Bueno, ¿y qué haces con esos pobres señores?
- ENRIQUE. Pues ya te lo he dicho y el título lo dice: «El encierro;» pues encerrarlos. «La *corría*;» pues correrlos; es decir, *lidiarlos*. ¡Si es una cosa admirable! mira: los espadas, banderilleros y picadores, son *los diputados de oposición*: el público de los tendidos, *el país*: y los cabestros, *la mayoría*. ¿Pero ves tú qué crítica tan punzante, tan ingeniosa y tan delicada?
- LUISA. Sí, sobre todo *muy delicada*, y muy desvergonzada, y muy necia, como dice papá.
- ENRIQUE. Tu papá va por las nubes y se le pierde de vista. Nosotros hacemos reír; hacer reír es el gran triunfo del

- arte. Pero si esto se ha hecho siempre, y por los más esclarecidos maestros. ¿Tú no has oído hablar de Aristófanes? Pues era uno de los nuestros.
- LUISA. ¿Aristo... qué?
- ENRIQUE. Aristófanes; un célebre dramaturgo, ó mejor dicho, revistero romano... no, griego... esto es, griego... no, digo bien, romano. En fin, poco importa: un insigne escritor de la antigüedad. Pero querida Luisa, si esto es la sátira político-filosófico-teatral.
- LUISA. ¿De modo que tú escribes la sátira político-filosófico-teatral? Vamos... vamos... eso es otra cosa.
- ENRIQUE. Como Aristófanes; ni más, ni menos.
- LUISA. ¿Pero tú has leído las obras de ese autor?
- ENRIQUE. Sus obras precisamente, no. Pero sé lo que dicen. No he querido, ¿sabes tú? no he querido marchitar la frescura, la lozanía y la espontaneidad juvenil de mi propia inspiración, con influencias exóticas de un arte que pertenece á otras edades. Además, que para llamar á un hombre político, simbolizado de esta ó de aquella manera, «tunante, canalla, imbécil, morral, mamarracho!» no es preciso leer á Aristófanes; para eso me basto y me sobro yo.
- LUISA. ¿Y tú crees que la obra gustará? Porque ya ves tú, si el que nos casemos depende de que tú insultes á tu gusto á esos señores, será preciso que se dejen insultar; ¿á ellos qué les importa? ¿Pero cómo recibirá el público las banderillas, las puyas, las mulas y los cabestros?
- ENRIQUE. Perfectamente; como ha recibido siempre estas cosas, con aplausos y carcajadas. Lo malo no es eso, sino que tenemos un conflicto. Figúrate tú, que yo había acomodado mi obra, sus chistes, sus alusiones, sus pinchazos, toda la máquina satírica, en suma, á los ocho ministros que ocupaban el poder cuando yo escribía mi Revista. La presento, se ensaya, se pintan decoraciones, se hacen gastos, se confeccionan ocho cabezas de cartón, retratos fidelísimos de los ocho ministros...

y ¡cataplúm, una crisis! Caen los ocho y suben otros ocho; ¡qué conflicto! ¡Ves tú qué falta de consideración con el arte! ¡Si aquí no se puede trabajar, ni se puede escribir, ni hay estabilidad para nada!

LUISA. Ni se puede insultar tranquilamente á nadie.

ENRIQUE. ¡Qué criatura! ¡Que no te salen de la cabeza las ideas de tu padre! Si todo ello es cuestión de reírse un poco y de ganar unos cuartos: ni á ellos les importa, ni yo les tengo mala voluntad. A muchos de ellos ni les conocía, hasta que no ví las cabezas de cartón.

LUISA. ¿Y no puedes ganar dinero escribiendo otras cosas?

ENRIQUE. No, hija; no es posible: tu padre escribe por lo serio, y ya ves lo que gana. Para que la gente se divierta, es preciso que alguien sufra: una víctima. El gladiador en el circo: el hereje en la hoguera: el toro en el redondel: el político moderno, entre bastidores y bambalinas.

LUISA. Pero dice papá que el arte...

ENRIQUE. ¡Qué arte ni qué zarandajas! medrados estaríamos si nos dedicásemos al arte.

LUISA. Pues Pepe...

ENRIQUE. A Pepe le darán una silba, le desollarán los críticos y no ganará un cuarto. ¡Déjame, tontina; déjame escribir Revistas: que así seré rico, nos casaremos, y á París! ¿Quieres tú ir á París?

LUISA. ¿A París? ¡pues si es mi sueño dorado!

ENRIQUE. Pues déjame llevar, á lo que pudiéramos llamar el *redondel escénico*, á los políticos, y déjame lidiarlos.

LUISA. Pues ¡jea! ¡Al redondel los políticos! ¿y no hay nadie más á quien llevar?

ENRIQUE. En rigor hay mucha gente á quien pudiera llevarse á la lidia.

LUISA. Pues á lidiarlos á todos.

ENRIQUE. Los artistas...

LUISA. ¡A la arena los artistas!...

ENRIQUE. Los autores dramáticos... pero esos son compañeros.

LUISA. ¡Qué compañeros! Cuando nos casemos, tú no tendrás

más compañero que esta compañera. ¡A lidiar autores!

ENRIQUE. Y también hay clases sociales enteras que se prestan á la sátira...

LUISA. ¡Banderillas de fuego á todas las clases sociales! ¡Y á París! ¿verdad?

ENRIQUE. Pero antes nos pasaremos por la Vicaría.

LUISA. ¡A París por la Vicaría y á Roma por todo!

ESCENA VII

LUISA, ENRIQUE y GERTRUDIS; luego DON ANTONIO y TELESFORO; después PELÁEZ y BORROSO

GERT. ¡Teresa!... ¡Teresa!... ¿pero qué hace esa chica? ¡han llamado dos veces! ¡deben ser ellos!... ¡Teresa!... ¡Ah! ¿está usted aquí?

ENRIQUE. ¡Señora!... muy felices.

GERT. Muy buenos los tenga usted... (Asomándose al pasillo.) Sí, ellos son. Antonio... don Telesforo... (Acercándose á la derecha.)

ANTONIO. (Entra con Telesforo.) Ya voy, mujer. ¿Son ellos!

GERT. Sí, hombre; sí: Peláez y Borroso. (Gertrudis y don Antonio se aproximan á la puerta para recibirlos.)

ENRIQUE. Mis dos grandes enemigos. (A Luisa.)

LUISA. ¿Estás mal con esos señores?

ENRIQUE. A matar. Criticaron mi última Revista y les disparé un artículo ¡incendiario! ¡explosivo! Al uno le dije que no sabía castellano: al otro que no conocía ni de vista al sentido común: y á los dos que esperaba sus obras futuras para tomarlas por modelos.

LUISA. Pero Enrique, ¡tú no respetas á nadie!

ENRIQUE. Es la única manera de que me respeten á mí.

ANTONIO. Por acá... á mi despacho... (Entran Peláez y Borroso.) Hace tanto que no honran ustedes esta casa, que ya han olvidado ustedes el camino.

PELAEZ. ¡Ocupaciones inevitables!... (Marcando las ves.) trabajos mil... compromisos múltiples... pero siempre queriéndole y estimándole muy de veras.

- BORROSO. ¡Abrumado! querido Antonio, ¡abrumado!
- PELAEZ. Señora mía... (A Gertrudis.)
- BORROSO. Doña Gertrudis...
- GERT. No sé si saludar á ustedes; ¡más de un año sin visitar esta humilde choza!
- PELAEZ. Confesión plena: somos, en verdad, dos criminales.
- BORROSO. Con circunstancias atenuantes.
- PELAEZ. Tanto bueno... (A Telesforo.)
- BORROSO. Tanto malo... (Idem.)
- TELESF. Junta de rabadanes... autor en peligro.
- GERT. Ya no conocen ustedes á Luisa...
- PELAEZ. ¡Luisita!... ¡pero ésta es Luisita!... ¡dejé una niña y encuentro un ángel!... una visión celeste, una *idealidad*... ¿no le parece á usted, Borroso?
- BORROSO. ¡Una mujer!... ¡toda una mujer!... ¡qué formada!... ¡qué cuerpo tan esbelto!... ¡qué color!... ¡Así, así... mucho glóbulo rojo! Ya eres grande para darte un beso... que si no...
- PELAEZ. ¡Su mejor creación de usted, don Antonio!... ¡Su más valiosa obra!
- BORROSO. ¡Y ésta acabará por boda!
- ANTONIO. Allá veremos.
- LUISA. (A Enrique.) ¡Qué bromistas!...
- ENRIQUE. ¡Sí, muy bromistas! pero el uno con su visión celeste y su *idealidad* y el otro con sus *glóbulos rojos*, te miraban los dos ilustres críticos por *manera sobradamente expresiva*. (Marcando también las *ves* para imitar á Peláez.)
- LUISA. ¡En cambio á tí ni se han dignado mirarte! (Riendo.)
- PELAEZ. ¿Y el futuro autor dramático, dónde está?
- GERT. Aquí viene.

ESCENA VIII

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO,
TELESFORO y ENRIQUE; PEPE, con seis cuadernos.

- PELAEZ. ¡Hola! ¡hola! ya tenemos en nuestro poder al criminal.
- BORROSO. Con el cuerpo del delito bajo el brazo.

- PEPE. Aquí me tienen ustedes á sus órdenes, muy agradecido á su bondad y muy confuso por el mal rato que voy á darles.
- BORROSO. No será tan malo: y en todo caso, para eso son los amigos.
- PELAEZ. Sospecho que será deliciosísimo. ¡Ah! ¡la juventud! ¡la esperanza! ¡Para la juventud son todos los horizontes!... Tiene cara de poeta, ¿verdad? (A Borroso.)
- ENRIQUE. ¡Qué ingenio y qué cosas tan nuevas dicen! (A Luisa.)
- LUISA. Pues hijo, no tiene nada de particular lo que dicen.
- ENRIQUE. Por eso, porque no tiene *nada de particular*, no pasan de ser dos *simples particulares*, con todas sus pretensiones de seres singularísimos.
- ANTONIO. Pero vamos sentándonos, que cuanto más pronto empezemos, más pronto podremos concluir.
- ENRIQUE. (¡También don Antonio dice á veces cosas nuevas!) (Aparte.)
- GERT. No sean ustedes muy severos.
- PELAEZ. ¡Por Dios, señora!
- BORROSO. ¡Señora, por Dios!
- ENRIQUE. (¡Y continúa el derroche de ingenio!) (A Luisa.)
- LUISA. (¡No seas críticón!) (Se van sentando, cuando llega el momento, en el orden siguiente de izquierda á derecha: Peláez, Borroso, don Antonio; enfrente de una mesita, Pepe; Telesforo, Gertrudis, Luisa y Enrique.)
- GERT. Querrás agua... ¿verdad?... ¡Teresa!... (Acercándose á la puerta.)
- TERESA. ¡Señora!...
- GERT. Trae un vaso de agua: el agua templadita y con azucarillo; pero antes acerca más la mesa... (Sale Teresa.)
- BORROSO. ¿Ve usted, amigo Peláez, cómo en la vida la realidad se impone? Vamos á leer un drama probablemente romántico, y sin embargo, nuestra buena amiga ha dicho con una naturalidad encantadora y porque la situación lo exigía: Teresa... acerca la mesa... agua... templada... azucarillo... palabras prosáicas, pero naturales... ¡Oh! la naturalidad... mejor dicho. ¡La Na-

turalaza! ¡La Naturaleza! (Mientras dicen esto, se coloca la mesa.)

PELAEZ. ¿Pero dónde está aquí la Naturaleza?

ANTONIO. Si les parece á ustedes... Empezaremos, ¿eh?

PELAEZ. Cuando el autor venga en voluntad. (Teresa entra con un vaso de agua y una bandeja de azucarillos; este es el momento en que todos se sientan.)

TERESA. ¿Están aquí bien? (A Pepe.)

PEPE. Sí, muy bien.

TERESA. (Pues nosotros... mi primo y yo... allá... detrás del portier oyéndolo todo: ¡lea usted alto!)

PEPE. (Ya está el público completo: no falta ni el elemento popular: críticos, escritores, clase media, familia y pueblo.) Con el permiso de ustedes. (Leyendo.) «Acto primero.»

BORROSO. Permita usted: ¿no tiene título?

PEPE. Tiene varios títulos y por eso no tiene ninguno. Primero pensé que se titulase «Alvaro» á secas: nada más: «Alvaro.»

PELAEZ. No me gusta: francamente: ¿qué quiere decir Alvaro? no quiere decir nada.

BORROSO. O quiere decir mucho: un plagio, una imitación de «Don Álvaro ó la fuerza del sino.»

GERT. Y además tu primo se llama Álvaro: no se deben sacar al teatro los nombres de la familia. ¿No es verdad, don Telesforo?

TELESF. Por su boca de usted, doña Gertrudis, habla la prudencia.

LUISA. ¡Pues á mí me gusta Alvaro!

ENRIQUE. ¡Que te gusta tu primo!

LUISA. No, tonto. El título que dice Pepe.

ANTONIO. Desechado el título.

PEPE. También pensé llamarle «El hijo de sus obras.»

BORROSO. ¡No por Dios, Pepe! ¡no por Dios! Ese título anuncia un drama moral, muy moral: moral casera y empalagosa: moral cursi. Joven, huya usted de la moral en el teatro.

PEPE. Otro título tuve en proyecto: «La lucha por la existencia.»

PELAEZ. ¡Nunca! ¡Jamás de la vida!, como dicen en la vecina Francia. Escuela materialista, naturalista, positivista: ¡lucha de bestias por un pedazo de carne! ¡Lo grosero, lo repugnante, lo inmoral! ¡Sin moral no hay arte, ni belleza, ni teatro, ni ideales, ni porvenir! Joven, la moral; la moral en todas partes, y más que en ninguna, en el teatro.

GERT. Dice usted muy bien, don Atilano: desechado el título: la moral, hijo, la moral.

PEPE. ¿Y qué les parece á ustedes el *Moderno condotiero*?

TELESF. ¡Qué se yo! ¡No me satisface del todo! Es muy pretencioso; muy efectista; muy de cartel; demasiado.

ANNONIO. Tienes razón; demasiado.

PEPE. ¿Con que arrinconamos el título?

ANTONIO. Por arrinconado: ahora leamos el drama, que luego podremos bautizarlo.

PELAEZ. Perfectamente. Perdona usted, Pepe, ¿está en prosa ó en verso?

PEPE. Este que voy á leer, está escrito en verso. (Con resignación.)

BORROSO. ¡Ea! Ya cayó usted en la niñería de los versos: el verso está mandado recoger.

PELAEZ. ¡El verso es eterno!

ANTONIO. ¡El verso es inmortal, como todo lo que es divino! (Se van acalorando.)

BORROSO. ¡El verso es un juguete de las primeras edades!

PELAEZ. Le digo á usted que es eterno: eterno señor mío, como todos los grandes moldes en que se vacía el sentimiento. ¡En verso está la melodía que conmueve los aires, y el rayo de luz que en ondas vibrantes cruza el espacio, y el canto espontáneo de la musa popular! Medida y ritmo tienen las palpitaciones del corazón; medida y ritmo tiene el gorjeo del pájaro. Todo lo bello, todo lo grande, tiene medida y ritmo: lo dijo Pitágoras: la armonía y la música de las esferas, el volver

acompañado de las estaciones, el ondular del Océano; la humanidad que en su trabajo incesante es como un inmenso diapasón de los seres y de las cosas, de cuanto fué, de cuanto es, de cuanto será en lo porvenir. Todo vibra, todo ondula, todo canta, todo versifica á su manera; desde la miés que se mece, á la marea que palpita; desde el astro gigante que voltea, al arroyuelo que murmura en ondas, en ondas... en ondas... ¡de agua... agua! (Se bebe el vaso de agua.)

PEPE. Teresa... más agua.

BORROSO. Usted lo ha dicho: música: todo eso es música. Tanto les importa al Océano, á la miés, á la fuente y á la marea con que nos está usted mareando, de la medida y el ritmo, como á mí de los golpes de almírez que estará dando ahora mi cocinera. Las cosas, sépalo usted, son lo que son: la Naturaleza es la Naturaleza, y déjese usted de palpitaciones. El verso es una forma infantil propia de niños, de mujeres y de poetas melencólicos. Los hombres de este siglo no somos muñecos: queremos la verdad, ¿comprende usted? la verdad desnudita, no emperifollada con perifollos poéticos, si no es, que en vez de vestirla á ella nos visten ustedes un maniquí de madera, de cartón ó de mimbre. ¡Yo quiero calor humano, carne humana, realidades sólidas! ¡lo que veo, lo que toco, lo que golpeo, lo que como, lo que bebo! (Se bebe el vaso de agua.)

PEPE. Sobre todo lo que bebe usted. Teresa, otro vaso de agua. (Teresa trae otro vaso.)

ANTONIO. Poco á poco, señor de Borroso: no bastan todos los realistas, positivistas y naturalistas para matar la forma poética, diosa sublime del arte. ¡Ah, señor mío, los muertos que vos matáis, gozan de buena salud! ¿Conque los poetas desde Homero á Víctor Hugo son unos pobres diablos, unos mequetrefes, unos ilusos? ¡Nada, el rasero; á tender el rasero por encima de todos! ¡Rasero de caña, con que quiere usted echar abajo cúspides de granito! ¡Con que Calderón, Lope, Tirso y Mo-

reto, no fueron otra cosa que niños grandes y su raudal de poesía algo así como un entretenimiento infantil: como si dijéramos, pajaritas de papel! Corriente: ¡desde el exámetro griego al romancero no hay más que un trino insustancial, que se prolonga veinte siglos! ¡Gorgoritos y nada más que gorgoritos! ¡Pues mire usted, prefiero ser pájaro á ser cuadrúpedo! perdone usted; al oír ciertas cosas se me enciende la sangre y se me secan las fauces...

BORROSO. ¿Y trina usted? (Riendo.)

ANTONIO. No, señor; me bebo yo también mi vaso de agua.

PEPE. Teresa, agua.

TELESF. Ustedes exageran, unos y otros exageran: el campo literario es bastante ancho para que todo quepa en él. ¡Nada de proseripciones sistemáticas, nada de exclusivismos! Paz y concordia entre los príncipes y cristianos. (Los tres disputan con calor.)

TERESA. Señorito, ¿pero no empieza usted? (Aparte.)

PEPE. Cuando se pongan de acuerdo estos señores. (Aparte.) ¡Pues lo que es este no se lo bebe nadie más que yo!

LUISA. ¿Pero no empieza Pepe?

GERT. Vamos, Pepe, no molestemos mucho á estos señores.

PELAEZ. Dicen bien estas señoras.

PEPE. ¿Pero cuál quieren ustedes que lea? ¿el drama en prosa ó el drama en verso?

BORROSO. ¿Pero tiene usted dos dramas? (Con cierto terror.)

PEPE. Tengo uno en los dos idiomas.

TELESF. Hombre prevenido...

PEPE. Les diré á ustedes... Un amigo mío le leyó el drama en verso á don Pablo, sin decirle que era mío, por supuesto. Y don Pablo opinó... que había algo en el drama, pero que como el pensamiento era profundamente realista, no le cuadraba el verso; y entonces lo escribí en prosa y se lo leí yo mismo al mismo respetable señor, y don Pablo me aseguró, que como el argumento era extraordinariamente idealista, le convendría más el verso; y por eso tengo dos ejemplares. No se lo presenté

á ningún músico, que en otro caso podía ofrecer á ustedes otro tercer ejemplar en solfa.

PELAEZ. Cosas de don Pablo.

ANTONIO. Con que, vamos, empieza de una vez.

PEPE. ¿Por cual?

LUISA. Por el drama en verso: es donde está lo del peine.

TELESF. ¡Ya pareció el peine!

PEPE. Bueno: pues el drama en verso.

GERT. Podfa leer los dos.

BORR. }
PELAEZ. } (Con movimiento de terror.) ¡Los dos!

ANTONIO. Lee el que has dicho: el drama en verso.

PEPE. Bien: son tres actos.

BORROSO. ¡Tres nada más! El drama moderno debe tener cuatro ó cinco: en tres actos es imposible desarrollar los caracteres: la escuela francesa nos da el ejemplo.

PELAEZ. Nuestro público no es el público francés: nosotros somos más nerviosos. Tres actos, joven, tres actos. Esa es la tradición.

ENRIQUE. Creo que Pepe tiene un drama en tres actos, otro en cuatro y otro en cinco. Ustedes escogerán.

ANTONIO. A ser posible, eso sería lo mejor. Con que vamos allá, y empieza por fin.

PEPE. «Acto primero... escena primera.»

PELAEZ. ¿Va usted á empezar por la escena primera?

PEPE. Don Atilano, ¿ni aun en eso están ustedes conformes? ¿Aun en eso hay dudas? ¿Pues por qué escena quiere usted que empiece?... (Con acento de asombro y resignación.) ¡Agua, Teresa! (Ahogándose ya.)

PELAEZ. No me ha comprendido usted. Quise decir, si iba usted á empezar por la escena primera sin decirnos antes lo que la escena representa.

PEPE. Representa una buhardilla. (Con resignación más marcada.)

PELAEZ. Algo me ocurre que decir, á propósito de la buhardilla... pero adelante.

BORROSO. ¿Muy pobre la buhardilla?

PEPE. No suelen ser muy ricas. Pero, sí, señor, muy pobre.

ANTONIO. ¡Por todos los santos de la corte celestial, empieza!

PEPE. «La escena representa una buhardilla muy pobre: una ventana que da sobre los tejados: desde ella se descubre todo Madrid como á vista de pájaro: es de noche: á veces sale la luna de entre nubarrones, otras se oculta: Alvaro, en pie junto á la ventana, contemplando con mirada ardiente el fantástico panorama de la villa y corte.» Como son acotaciones, están escritas de cualquier modo. Y dice Alvaro:

Noche que envuelves de la impura villa
todo el espacio con tu manto negro,
arrastrando en confusos horizontes
las ricas orlas del flotante velo;
Noche que aquí me ves pobre y vencido,
paria del mundo que ante mí contemplo,
(«desperdicio social, escoria humana,
andrajoso mendigo, ruín y hambriento;»
Noche, ¡mírame bien! de tu pupila
dilata el turbio y anchuroso cerco,
«y del mísero sér graba la imagen
en el oscuro impenetrable hueco.»
¡Mírame bien, que soy ave de presa,
con alas de condor, pico de acero
y garras poderosas, que se encogen
cuando tira del músculo el deseo.
Otro nido no hallé ni á más altura:
desde él mi presa recogido acecho,
«da esperanza dilata mis pulmones,
me presta el hambre estímulos de fuego,»
y cuando rompa el alba por Oriente
abatiré sobre Madrid el vuelo;
sobre esa corte soñolienta y rica,
cuya sangre beber con ansia quiero,

NOTA. A fin de aligerar, pueden suprimirse los ocho versos que van entre comillas.

convertida en placeres y riquezas
que harten de goces mi robusto cuerpo.
Noche que envuelves de la impura villa
todo el espacio con tu manto negro,
(«arrastrando en confusos horizontes
las ricas orlas del flotante velo;»
vuelve á verme otra vez, mas no me busques
bajo este ruín aborrecido techo.
Mis alas se abren, mi pulmón se ensancha,
rayos del alba cruzan por el cielo;
¡abajo, á la rapiña, que la presa
sienta mi garra en su carnosu cuello!

(Se detiene esperando que le digan algo.)

- GERT. ¿Verdad que es muy bonito?
TELESF. No está mal... calor... fuerza... sí... hay algo... hay algo...
LUISA. A mí me gusta más lo del peine de plata.
PELAEZ. No puede negarse que hay fantasía... ó por lo menos algo así como una visión fantástica...
BORROSO. Eso del deseo tirando del músculo y lo del cuello carnosu, esas dos cosas están muy bien: nada, Pepe, por ese camino. ¿Y usted, qué opina?
ANTONIO. Yo no tengo voto.
PELAEZ. ¿Y en qué pára? Convendría que nos diese usted una idea.
PEPE. Pues Álvaro se precipita en la batalla social, y lucha, y vence, y es poderoso, y llega á la cúspide; pero se ha dejado en los breñales del camino y en los furoros de la refriega, sus esperanzas, sus ilusiones, pedazos de la conciencia, la juventud, el amor, toda la savia de la vida, todo el jugo del corazón, todos los divinos espejismos del alma. Llega la hora de la muerte y va muriendo entre fausto y poderío; pero se acuerda de su pobre buhardilla y hace que le lleven á morir á su primer nido, de frente á la misma ventana, contemplando el mismo cielo majestuoso, eterno, inalterable; á su pobre buhardilla, á ver si todavía quedó olvidado

en aquel mísero recinto, alguna ilusión, algún deseo ó alguna esperanza. Este es el drama.

- PELAEZ. Hay algo: es una idea: una idea fecunda y vigorosa.
ANTONIO. Es una idea.
GERT. Muy triste.
BORROSO. Yo prefiero el deseo tirando del músculo y encogiendo la garra sobre la presa.
ENRIQUE. Yo lo que veo es que ya tienes título. ¿No has visto en los toros, cómo el animal le toma querencia á un sitio y á él va cuando se siente morir? Pues tu drama es «la querencia á la buhardilla.» (Todos se rien.)
ANTONIO. Pues yo no me río. Es un mal sistema de usted (A Enrique.) y de cierta crítica moderna, ese sistema de ponerlo todo, lo bueno y lo malo, en solfa. No lo digo por la obra de Pepe: hablo en términos generales. De lo necio, se rien los hombres serios, es verdad; pero de lo serio, sólo se rien los necios. Sépalo usted. Buena es la risa en labios discretos, pero es irresistible cuando se apodera de un tonto. ¡Ah, qué síntoma tan funesto cuando un hombre ó una sociedad entera no sabe hacer otra cosa que reír! Es que se secó el cerebro y no sabe pensar; es que se arrugó el corazón y no tiene fuerzas para mandar lágrimas á los ojos; es que faltan pasiones y el hogar de la locomotora humana no se enciende; es que se va acabando todo, y por este camino podría llegar un momento en que no quedase más que una manada de imbéciles dividida en dos bandos, una mitad frente á otra mitad, y riéndose los unos de los otros como idiotas que serían todos ellos.
LUISA. Se enfadó papá. ¿Para qué dices tú nada?
ANTONIO. Adelante con tu drama.
PEPE. Mis alas se abre, mi pulmón se ensancha;
rayos del alba cruzan por el cielo;
abajo, á la rapiña, que la presa
sienta mi garra en su carnosu cuello.

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO